

Dr. Carlos Julio Jara Martínez SENPLADES
ESTRATEGÍA NACIONAL PARA EL BUEN VIVIR RURAL

Vivimos una modernidad en la que la palabra calidad de vida aparece por todos lados y se presenta como el ideal perseguido por el “desarrollo”. Mi argumento será el que la calidad de vida, en el capitalismo, no inspira confianza, y que en su nombre estamos impulsando un bienestar que no nos protege, peor nos emancipa.

Es preocupante observar como el conservadurismo se enraíza en las mentes, y aunque el sujeto intelectual se presente teniendo un “corazón de izquierda” acaba haciendo el más de lo mismo.

Las relaciones entre el pensamiento, el lenguaje y la realidad nos obligan a definir nuevos conceptos, una suerte de bucle lingüístico. Algunos signos representacionales positivistas para nada nos ayudan a desplegar el Buen Vivir.

Difícil pensar en transformar los modos de vida, sin cambios teóricos. Como nos enseña Wikipedia, la calidad de vida es un concepto que se calcula examinando por lo menos cinco dimensiones diferentes: bienestar físico (salud, seguridad física, educación), bienestar material (empleo, comunicación, ingresos, patrimonio, vivienda, transporte, etc.), bienestar social (relaciones de convivencia, amistades, familia, barrio, comunidad), “desarrollo” (productividad, capacidades contribución, educación) y bienestar emocional (autoestima, sosiego, religión, espiritualidad).

Se trata de un concepto multidimensional, pero que al procesarse dentro de la epistemología positivista, se vuelve un constructo necesariamente reducido. Aguardar Pero ese no es el solo problema.

En la pobretología tradicional, el concepto de calidad de vida generalmente es aquel que se utiliza para determinar el nivel de ingresos y de prosperidades que tiene o posee una persona, una familia o una comunidad.

Expresa el grado de disfrute y usufructo de estas variables en un tiempo y espacio determinado. Generalmente es interpretado como sinónimo de bienestar, lo que hace referencia al hecho de poseer “buenas condiciones de vida humana”. Los estándares operativos nos vienen de afuera, de las sociedades “desarrolladas” del occidente.

En el episteme ortodoxo, el bienestar procurado por las políticas públicas, está emparentado con la idea del progreso. Un destino supuestamente irremediable que se propaga por todo el mundo concebido desde la ciencia de las matemáticas, la física y la automatización.

Esa linealidad que nos dice: “Hoy tengo satisfacción y mañana estaré mejor, pasado mañana mucho mejor, la próxima semana súper-mejor”. Eduardo Gudynas nos dice que “El ethos del progreso está íntimamente relacionado con las posturas culturales propias de la modernidad de origen europeo”. Nosotros nos sumamos a la cultura occidental (greco-romana y judío-cristiana, eurocentrista, imperialista, racionalista, científicista y escolarizada). Y buscamos calidad dentro de ese marco.

La cultura del progreso es una proyección lineal entendida como sucesión de estados anteriores y posteriores, encadenamientos temporales y universales, pensados desde el punto de vista capitalista.

Así los pobretólogos domados bajo el sistema de las políticas públicas, entrenados como disciplinados cuadros positivistas, no pueden sino seguir pensando en el más de lo mismo, defendiendo, consciente e inconscientemente el (des) orden económico que nos destruye.

Nos cuesta tanto construir un otro lenguaje de la posibilidad, pero proclamamos el compromiso de emancipar a los empobrecidos y subordinados.

Nosotros proponemos la idea del buen estar y empezar a salirnos de la sola idea del “desarrollo”. Bienestar social, buen estar físico, buen estar material, buen estar emocional, buen estar subjetivo. “Estoy, estamos bien, soy y también somos buenos.

Yo me siento bien viviendo con los recursos que dispongo, con los ingresos que tengo, con el consumo que puedo. Yo soy parte vital de la Pacha Mama.

Y puedo medir esa satisfacción mediante indicadores subjetivamente objetivos”. Si hablamos de ser bueno, estar bien y en bondad, hablamos de libertades y de creciente expansión personal y colectiva de capacidades, del ejercicio de derechos y responsabilidades.

Y también de una buena y cuidadosa relación con la naturaleza de la cual todos los seres humanos aun formamos parte. No me refiero a las libertades para hacer lo

que “me da la gana”, ni siquiera para ser el “mono guayaquileño” que soy, sino para determinar mi propia autonomía e identidad.

Me interesa cultivar una libertad creadora, renegar de las normas que bloquen la emancipación del ser humano, de las ansiedades que me impone la publicidad y la pulsión del espectáculo.

Quiero ser libre de ese progreso que lleva a la acumulación de bienes materiales, a concentrar bienes impertinentes e inútiles.

El buen estar individual y social no es sinónimo de la “buena vida”, vinculado a la cultura del “relajo” como dirían Calderón, Ottone y Hopenhayn.

Una forma subjetiva que se codea con el hedonismo o con el irrespeto a los (las) diferentes. No es lo mismo “darse a la buena vida” que sentirse en condiciones de buen estar como expresión del Buen Vivir, que traduce una ética del vivir la vida que se quiere.

La idea de la “buena vida” material es el secreto del éxito de la sociedad capitalista y sus acólitos de la derecha y de la izquierda del capital. Eso es interpretado como calidad de vida. La estética del placer se percibe como sinónimo del bienestar, y así, todos podemos ser iguales comprando, por ejemplo, el mismo celular, el mismo CINEMAX.

Nos han robado la creatividad a cambio del placer de contemplar las estanterías de los negocios, desde donde constantemente se proyecta la calidad de la vida. Por eso las ideas del bienestar desprecian a la solidaridad como contenido esencial del Buen Vivir, casi no hablan de comunidad.

Porque se nutren del individualismo, del consumismo y del fetichismo. Los objetos de consumo se trepan sobre las personas y definen sus vidas, nutriendo individualismo que nos fragmenta socialmente, desde la propia familia.

Así, la experiencia de vida que es apetecible y supuestamente revela calidad es la que conlleva comodidad, la misma que corrientemente es transada en el mercado. Las ideas del bienestar, en general, se apoyan en necesidades alienadas, el ansia de poseer no solo cosas, pero también poder y status.

Se habla crecientemente del cambio en los patrones de consumo indiscriminado, pero el buen consumir depende en alguna medida de cómo la sociedad lidia con los publicistas y los especialistas del marketing, la calidad del “desarrollo” de la industria cultural.

Se promueve mucho la industria del consumo, para disparar contra la población todo tipo de municiones conformistas. La conformidad expresa un rasgo psicológico de individuos y colectividades, donde las preferencias que contiene son modificadas constantemente por agentes externos que configuran “seres desecantes”; lo que traduce un sentido alienado de SER que nos salva del terrible sentimiento de la soledad social.

Se tiene calidad de vida, supuestamente, cuando las personas poseen más bienes y servicios, sinónimo de felicidad. Evidentemente, los subempleados y los trabajadores precarios no tienen calidad de vida, ni bienestar, ni buen estar, pero tal vez sí felicidad, como un estado del alma. Este es escenario social dentro del cual la calidad de vida ha tomado “vida”. La hemos materializado.

Ese concepto no merece convertirse en medida de lo bueno para la vida cotidiana ecuatoriana, es insostenible e insustentable. La moderna calidad de vida – de unos pocos – va acompañada del vacío, la inseguridad, las relaciones fluidas, los conflictos, las neurosis y los riesgos. De manera que “no puedo” responder a la pregunta del seminario. Sobre cómo el gobierno de la Revolución Ciudadana ha mejorado la calidad de vida en el campo.

Si puedo decir que el propio concepto de calidad de vida, seguramente nos ha llevado a intervenir en el campo de forma impertinente. Sin pertinencia cultural y ambiental, de manera racionalmente irracional. Falta en la formulación y gestión de la política pública un poco de sentido intercultural responsable, lo que solo resulta desde una mirada partícipe y sensible. No queremos, yo no quiero, esa idea occidental del bienestar y calidad de vida que nos viene de los países capitalistas calificados como “desarrollados”. No queremos esa idea de la igualdad en la que todos los seres humanos “son creados iguales y dotados de ciertos derechos inalienables como la vida, libertad y la búsqueda de felicidad”.

Esa es la igualdad que sirve como medio funcional al individualismo, donde el ser humano ha perdido su autonomía e individualidad. Fuera de las necesidades básicas, lo que tenemos es una suerte de igualdad traducida en pensamientos prefabricados, de ideas que brotan de los mismos periódicos y canales de televisión, de ciudadanos que funcionan en masa a favor de la comodidad.

A nombre del bienestar, de la buena vida, vemos el mismo tv cable, consumimos la misma comida “chatarra”, nos divertimos de forma condicionada, vemos las mismas novelas, ansiamos los mismos celulares, perseguimos la misma moda, etc.

Al contrario, el Buen Vivir y el buen estar aspira a que la vida sea vivida en autonomía y creatividad, conservada en varias instancias del convivir, más allá de la familia, pasando a la comunidad, el barrio, el recinto.

Queremos salir de las proposiciones de la linealidad causal. Pasar a comprender el bienestar como un movimiento de redes sociales, culturales, políticas, un entramado de relaciones tejido por los propios actores.

El capitalismo se desarrolla y promete bienestar, principalmente para los que pueden comprar y vender, el Buen Vivir se despliega y promete buenas maneras de SER, HACER, CONSUMIR Y TENER.

Hay toda una visión derivada de la ortodoxia que afirma que el bienestar es la antesala del Buen Vivir. Debemos afirmar un Estado del Buen Vivir y pensar crecientemente la calidad en función de las capacidades, esto es, de acuerdo a Amartya Sen, de las oportunidades reales que las personas poseen, esto es, para Ser y Hacer, junto a las elecciones que realizan para realizar su vida.

Eduardo Gudynas opina que el Buen Vivir no puede ser reducido al “bienestar occidental”; y que el Buen Vivir es “una categoría en permanente construcción y reproducción”. Al discurso del poder se le debe contestar con el poder del discurso. Debemos ir más allá de la modernidad conservadora y sus conceptos.

El problema es que incorporamos la modernidad de una manera tan servil, donde las superposiciones culturales no dejan de volvernos ansiosos por no ser como los “occidentales”, a manera de clones subjetivos. Supuestamente expresamos “libertad” profundizando la subalternada ante el dominante cultural.

Algunos intelectuales orgánicos aún consienten la dominación conceptual inconscientemente, y todavía insisten en hacer de la familia la exclusiva base de la sociedad.

El recurso ideológico del familiarísimo y la socialización básica, donde la cotidianidad casi gira en torno de orientaciones religiosas, son proyectados como

intentos renovadores para enriquecer la vida cotidiana y rescatarla de una modernidad socialmente fragmentada.

Proponen una calidad de vida conservadora, mojigata, reaccionaria. A nombre del Buen Vivir se plantean concepciones estáticas y pasivas del mundo. Las propuestas burocráticas, sin reflexión crítica, resultan más poderosas que las murallas del silencio académico. El Buen Vivir, además de la familia, brota gradualmente de las diversas formas de comunidad, de los barrios, de las redes sociales.

Desde una perspectiva renovadora, la ENIEP propone, además del mejoramiento constante de la vida familiar, el fortalecimiento del poder popular desde una participación reflexiva.

El Buen Vivir se despliega poco a poco desde la ampliación de la democracia de base, con valores y conceptos positivos, como construcciones reflexivas, dialogo de saberes, auto organización, inter aprendizaje, innovación social, asociatividad, cooperación competitiva, reconstrucción intercultural, comunicación educativa, mesas de concertación, redes, empoderamiento, enactivación, transformación, etc.

¿De qué sirve el bienestar en el marco de una democracia sin libertad? ¿De qué sirve un proceso ampliado de producción de riqueza, sin estar al servicio de las necesidades humanas, destinado exclusivamente a la valorización del capital? Creo que hay mucho que debatir cuando se habla de Buen Vivir, pues se parte cuestionando a las ideas del desarrollo del capitalismo y su modernidad. Esos paradigmas nos confunden y aprisionan, el concepto de la vida apetecible, no es sinónimo de la vida gustosa, sino de la vida digna.

Como dice Sebastián Endara: “La dignidad (...) sería una idea moral que determinaría el aspecto formal del Buen Vivir en términos de su aplicación práctica.” Eso es lo que merece sostenerse y sustentarse, conservarse y protegerse, superior a cualquier otro fin, primero que cualquier esclavitud o servilismo. Debemos establecer una nueva gramática del bienestar social, y partir por nuevos senderos de cambio de la realidad social.

No es lo que dicen las políticas públicas sino principalmente como se aplican e interiorizan. En el marco del Buen Vivir, como paradigma en construcción, la calidad de vida tiene más que ver con el atributo aprendiente y solidario del tejido social, con la “vida buena” que conceptualizó Ramírez (2012), más que con el ingreso y el consumo.

Se trata de enriquecer los buenos contenidos y a las buenas relaciones que conlleva la vida humana, al arte de vivir aprendiendo, en creatividad, paz, salud y solidaridad, sobre todo mediante el trabajo digno y la tecnología sustentable.